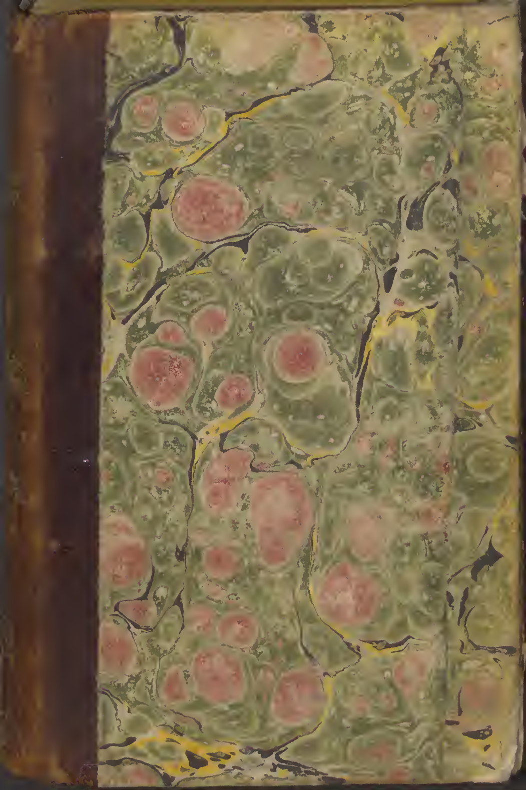
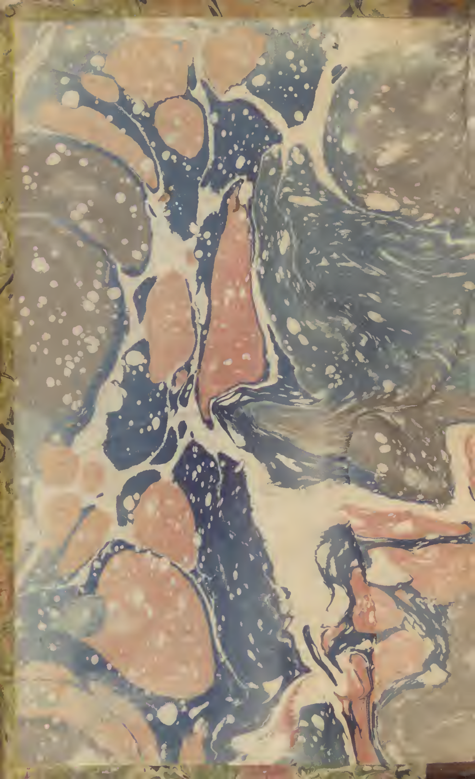






Indice

ENSAYOS POÉTICOS.

IMPRENTA DE VERGES, CALLE DE LA GREDA.

Se hallará en las librerías de Ranz, *calle de la Cruz, y de* Villa, *Plazuela de Santo Domingo, con la novelita titulada* Teodoro, ó el Huérfano Agradecido.



ENSAYOS POETICOS

de la Señora

D.ª VICENTA MATURANA

de Gutierrez.

MADRID AÑO DE 1828.

J. Abarrioa lo dib.º A. Meneses lo g.º

PRÓLOGO.

La bondadosa acogida con que el público ha honrado mi novelita titulada, TEODORO, Ó EL HUÉRFANO AGRADECIDO, que publiqué en el año de 1825, podria animarme, como lo indiqué en el prólogo de dicha obrita, á publicar alguna otra de la misma especie. Con todo, confieso no seria bastante á darme la osadía necesaria para ofrecerle estos ensayos poéticos, si otras consideraciones no me estimulasen á ello. Dotada desde mi niñez de una aficion decidida á la poesía, pero aficion que no ha sido de ningun modo cultivada, me he dejado dominar de ella para pintar mis propios sentimientos, los que la amistad me ha confiado, ó las escenas de la naturaleza que mas impresion

me hacen, y que me causan momentos de inspiracion en que me espreso en el lenguaje de los dioses (como dice uno de nuestros mas célebres poetas), sirviéndome esto solo de un alivio y de un recreo en medio de las ocupaciones análogas á mi sexo. Por tanto siempre he juzgado mis versos como unos borrones informes y defectuosos, en los que quizá habrá, como en los pedazos de mineral acabados de sacar de la veta, algunas partículas del metal puro, pero envueltas entre gran porcion de tierra y de otras materias inútiles. El arte de hacer buenos versos es sobradamente dificil, aun para los que cultivan sus disposiciones naturales con los auxilios del estudio y del arte. ¡Cuanto mas no debe serlo para quien sin estos auxilios, solo produce composiciones sin aliño, é hijas del sentimiento y de la naturaleza! Por lo tanto,

repito no me animaria á dar á luz unas producciones tan susceptibles de justísimas censuras, y de las que me prometo poquísimo honor y muchísimas mortificaciones, si un principio de verdad, de justicia y de gratitud no me estimulasen á destruir una voz vaga é hija de la ignorancia ó de la malicia, que ha querido atribuirme varias composiciones que no son mias, y cuyo mérito creo muy superior á cuanto yo soy capaz de hacer jamás. Y aunque de esto me resulta un gran honor, no puedo, sin faltar á la rectitud, dejar de desmentir una voz que me convierte, á pesar mio, en el grajo de la fábula, adornado de plumas agenas, y cometiendo un plagio involuntario. Mis protestas de palabra para destruir tal error me parecen insuficientes. Asi, he creido que esta declaracion pública, y consagrada por la imprenta, unida á la

publicacion de algunas de mis composiciones, en que se verá á las claras mi estilo, mis defectos, y el género de mis composiciones, desengañarán á los menos inteligentes, mucho mas si se comparan con las que injustamente se me han atribuido, y cuyo superior mérito debe recaer sobre la pluma que las ha producido, y no sobre mí.

Yo puedo sufrir con resignacion el título de mala compositora; yo sabré hacer el sacrificio de mi amor propio esponiéndome á la justa crítica que merecen mis yerros poéticos; pero no me es dado autorizar con mi silencio una falsedad y una injusticia, ni robar un solo rayo de su gloria á quien miro con la mas justa consideracion y con la mas viva gratitud.

J. Vicenta Maturana
de Gutierrez.



Dile que esta mañana
Capullo medio abierto
La corté y que sus ojas
Las desplegó en mi seno.

POESÍAS DE CELMIRA.

A MIS VERSOS.

ODA PRIMERA.

Aunque condenados
A olvido y silencio
Estabais por siempre,
Mis humildes versos,
A la luz mostraros,
No tengais recelo,
Que indulgente escusa
Teneis en mi sexo:
Y si hallais al paso
Críticos severos,
Decid os produjo
Solo el pasatiempo.
Que con necio orgullo,
Deleitar no creo
Al sabio estudioso
Que note mis yerros;
Sino á las muchachas

Y á los jovenzuelos
Que reglas del arte
Nunca conocieron.

LA RECOMPENSA AMISTOSA.

ODA II.

De las graciosas flores
Que esmaltan la pradera
Tejeré una guirnalda
Alegre y placentera.
Con la fragante rosa
Pondré la violeta,
Y entre blancos jazmines
La verde madre-selva.
De Fileno las sienes
Quiero ceñir con ella,
Sienes que el rubio Apolo
Ya ornó con su diadema.
Que asi quiero mostrarle
Cuanto Celmira aprecia
Sus graciosas canciones,
Tan dulces como bellas.

LA MENSAGERA.

ODA III.

Conduce, palomita,
En tu piquillo bello
Esta fragante rosa
A mi amigo Fileno.
Dile que esta mañana
Capullo medio abierto
La corté, y que sus hojas
Las desplegó en mi seno.
Dile que largo rato
Sentada en el sendero,
Esperé á que pasase
Para dársela á él mesmo.
Mas, dile que burlado
Se quedó mi deseo,
Puesto que en todo el dia
No he conseguido el verlo.
Y ya que á la cabaña
Con mis corderos vuelvo,
Por tí, linda paloma,
Enviársela quiero.

LA MEMORIA DE LA AMISTAD.

ODA IV.

En el tronco del aya
Que está en medio del bosque,
De mi amigo Fileno
Voy á grabar el nombre;
Y despues de adornado
Con guirnaldas de flores,
Quiero á Pan dedicarlo,
El dios de los pastores.

EL MIEDO.

ODA V.

Si piensas tú, Fileno,
Que el no cantar de amores
Es porque sus furores
No acierto á encarecer;
Te engañas, que mi musa
Cantára placentera,
Si de amor no temiera
El llanto y el placer.
Pues en las cariñosas
Zagalas y pastores

Veo del dios de amores
Todo el poder brillar.
Hasta en los pajarillos,
Hasta en las florecillas
De amor hay maravillas
Que pudiera cantar.
Mas del amor terrible
Tiemblo al poder violento,
Porque muda en tormènto
La suerte mas feliz.
Y cuando entre delicias
El triste amante yace,
A amor solo le place
Humillar su cerviz.

LA HORA DE SIESTA.

ODA VI.

Cuando toca Fileno
Su dulce caramillo
Mientras dura la siesta
A la orilla del rio,
Coronadas de cañas,
Y el cabello esparcido,
Las jóvenes nayadas
Salen del agua á oirlo.
Y los silvestres faunos,

Dejando sus asilos
Entre las verdes ramas,
Le escuchan complacidos.

EL CONVITE.

ODA VII.

Al despuntar la aurora
Conduzco mi rebaño
Junto á la clara fuente
Que está en medio del llano.
Zagalas y pastores
Allí se van juntando,
Y en torno de una hoguera
Cantamos y bailamos.
Y en placenteros himnos
Unidos celebramos
A Pomena y á Flora,
A Cupido y á Baco.
Si quieres tú, Fileno,
La dicha que gozamos
Gozar, deja esas playas
Y vente á nuestros campos.

Á TIRSO.

ODA VIII.

Bien hayan mis cantares,
Pues ellos han podido
Templar la dulce lira
Que hace resonar Tirso;
Que si á cantar empieza,
Suspenso á su atractivo
El claro Manzanares
Se para para oirlo.
Y el ruiseñor dejando
Sus melodiosos trinos,
Aprende nuevas gracias
De su cantar divino.

EL GILGUERILLO.

ODA IX.

Calla, calla, Fileno,
Y aguarda aqui escondido,
No sea que espantemos
Al tierno gilguerillo.
Mírale cual se ha puesto
En el rosal vecino,

Y á su querida llama
Con amoroso trino.
Escucha cual gorgea,
Y cómo luego erguido
Las lindas alas bate
Y ordena con su pico.
¿No ves como alargando
Su inquieto cuello altivo,
Mira sin deslumbrarse
Del claro sol el brillo?
Mas hay! que ya volóse
Porque llegó á su oido
El canto de su amada,
Y á buscarla ha partido.

LA AMENAZA DEL AMOR.

ODA X.

Encontréme en el prado
Una fresca mañana
Al hijo de Citeres
Que á mi redor volaba.
Era niño y gracioso
Como una fuente clara;
Hermoso, como el dia,
Lijero como el aura,
Con mil tornados giros

Por la floresta vaga,
Agitando travieso
Las alitas doradas.
Ya volando á la fuente,
En ella se miraba,
Y con el pie ligero
Mueve las quietas aguas.
Ya de un chopo frondoso
Posábase en las ramas,
Y asi con falsa risa
Severo me amenaza.
»¿Por que, joven Celmira,
»Jamas vi ante mis aras
»Doblada tu rodilla,
»Rendida tu garganta?
»¿Por qué de mí te esquivas,
»Y estar libre te agrada,
»Cuando es natura toda
»De mi poder esclava?
»Solo amores repite
»El ruiseñor si canta;
»Y hasta el leon rugiente
»Mis cadenas arrastra.
»En sus húmidas grutas
»El pescado se abrasa,
»Mi fuego poderoso
»Le anima y arrebata.
»¿Y tú sola, Celmira,

»Siempre de mí apartada,
»Desdeñas mis cariños,
»Te ries de mis armas?
»Teme, teme que un dia
»Halle en tu pecho entrada,
»Que entonces tus heridas
»Nunca podrás curarlas.
Sonriyendo le dije,
»Amor, si hallas la entrada
»Del corazon abierta,
»Toma de mí venganza.
»Pero no, no lo esperes,
»Que Minerva es mi amada,
»Y con su fuerte egida
»Mi debil pecho ampara.
Volóse amor entonces
Dejándome avisada
De cuanto evitar debo
Que cumpla su amenaza.

LA SOLEDAD.

ODA XI.

En aquesas playas,
Amigo Fileno,
A la amable Clori
Van á ver muy presto,

A buscar su esposo,
Su querido dueño,
Se marcha y me deja
Llena de tormento.
Y pues tú, mi amigo,
La verás muy luego,
Goza de la dicha
Que me quita el cielo.

EL CANASTILLO.

ODA XII.

Deja, mi amada Cloe,
Al pie del montecillo,
Paciendo tus corderas
Con el rebaño mio.
Ya el eco nos halaga,
Trayendo á nuestro oido
Con sones que despide
La lira de Batilo.
Sin duda que sentado,
Al pie del alto pino,
Que fue de sus amores
Confidente y testigo.
A comenzar la danza,
En tan frondoso sitio,
Convida los pastores

Del prado y del egido.
Enlaza, amiga, enlaza
Tu brazo con el mio,
Y entre los dos llevemos
Aqueste canastillo.
En medio de él he puesto
De tórtolas un nido,
Y en torno lindas rosas
Que aun guardan el rocío.
Llevémosle, y él sea
El premio prometido
Al zagal, que á los otros
Venza en donaire y brio.
En tanto de las ramas
Del árbol suspendido,
Le mecerán gozosos
Los frescos cefirillos.
Ven ya á bailar, mi Cloe,
Y al pie del montecillo,
Que pasten tus corderas
Con el rebaño mio.

LA SÚPLICA.

ODA XIII.

¿Por qué, dulces pastores,
Que sois de las orillas

Del Betis caudaloso
La gloria y la delicia,
Por qué me llamais bella,
Amable y entendida?
¿Por qué alabais mi canto,
Mi danza y mi sonrisa?
Ah! yo no soy hermosa;
Las gracias que á porfia
Adornan mil bellezas,
Conmigo son esquivas.
No tengo negros ojos,
Ni encarnadas mejillas,
Ni el cabello dorado,
Ni la boca pulida.
Cuando imitar pretendo
Al gilguero si trina,
Sobre los necios labios
La debil voz espira.
Y si con las zagalas
Voy á la danza unida,
Ya no es ligero y pronto
Mi baile cual solia.
Asi callad, pastores,
Callad por vuestra vida,
O me harán vuestros cantos
Que dude de mí misma.

:

EL CONSUELO AMISTOSO.

ODA XIV.

Deja, amigo Fileno,
De regar con tu llanto
Del sepulcro de Clori
El insensible marmol.
Guárdese el triste lloro
Para el mísero humano,
Que con negros delitos
Su existencia ha manchado,
Y que baja á la tumba
De execracion cargado.
¡Desventurado! él solo
Merece ser llorado.
Pero Clori á el empireo
Subió con vuelo raudo;
Y de su virtud goza
El merecido lauro.
Contémplala graciosa,
De resplandor bañado
El virginal semblante,
Tranquilo y roposado;
Que te mira y sonrie,
Y el candoroso labio
Desplegando, te dice
Con eco dulce y blando;

»¿A que son los lamentos,
»Mi Fileno adorado,
»Si en mi temprana muerte
»Gocé un bien soberano?
»Ya el inquieto disgusto,
»Y el temor agitado
»No turbarán mis dichas,
»Ni mi eterno descanso.
»Ya no sentiré nunca
»El aguijon amargo
»De pasiones que luchan
»Con choque redoblado.
»Para siempre dichosa
»Soi ya; pequeño espacio,
»Marché por un desierto
»De espinas rodeado.
»Tú en él ahora caminas,
»Mas fija el pie temblando,
»Que entre flores se ocultan
»Aspides enroscados.
»Sigue la recta senda
»Que prudente has tomado,
»Que yo del alto cielo
»Te guiaré cual astro.
Asi, amigo Fileno,
Enjuga ya tu llanto,
Y de la feliz Clori,
Deja el sepulcro helado.

LA MIRADA.

ODA XV.

A los pies de Delina
Yo vi un dia á Mireno,
En cuyos negros ojos
De amor brillaba el fuego.
Sus labios balbucientes,
Con encendido ruego,
La confesion pedian
Del pago de su afecto.
Trémula la pastora,
Y de carmin cubierto
El agraciado rostro,
No profirió un acento.
Mas poniendo la mano
Sobre el nevado pecho,
Y un momento fijando
Los ojos en el cielo,
Dejólos dulcemente
Caer sobre Mireno;
Y el rubor redoblando,
Inclinólos al suelo.
Yo, como simplecilla,
No sé qué dijo en esto;
Pero el pastor amante
Se dió por satisfecho.

LA MUDANZA.

ODA XVI.

Tomaba antes la lira,
Y al punto acompañaba,
Ya una cancion risueña,
Ya una alegre tonada.
A sus sencillos ecos,
Venian las zagalas,
Y en torno de mí alegres,
Movian prestas danzas;
Y cuando ya rendidas
El baile abandonaban,
Las tramas de cupido
Me hacian que cantára.
Silenciosas y atentas
Mis cantos escuchaban,
Y luego mil caricias
Todas me prodigaban.
Una sobre mis sienes
Ponia su guirnalda,
Y sus labios de rosa
Con mi boca estrechaba:
Otra mis manos juntas
A su pecho adelanta:
Otra á mis brazos vuela,

Y en los suyos me enlaza.
Mas ya en vano me buscan,
Que mi lira colgada
Está de un seco tronco,
Para siempre olvidada:
Y no me agrada el prado,
Ni el canto, ni la danza,
Ni las dulces caricias
De las tiernas zagalas.

EN EL NACIMIENTO DE LA S. S. INFANTA DOÑA MARIA ISABEL LUISA.

ODA XVII.

¡Cuán cándida reposa
En su cunita tierna,
De inocencia en los brazos
La pequeña Isabela!
De su elevado origen
Ignora la grandeza,
Y desconoce el brillo,
La pompa y la riqueza.
En su candor hermoso,
Solo el regalo anhela
De una madre amorosa,
Que á su pecho la estrecha,
Y en sueño delicioso

Tranquila se recrea,
Cuando del albo-seno
Gusta el sabroso néctar.
Estrella de ventura
En el solio se ostenta,
Y el pueblo la saluda
Con llanto de terneza.
La miran los autores
De su hermosa existencia,
Y este lazo de amores
Mas sus almas estrecha.
Será, sí, cual su madre,
Dulce, amorosa y bella;
Compasiva, y ejemplo
De esposas y de reinas.
Y del augusto padre
La bondosa clemencia
Imitará, y asilo
Será de la indigencia.
Ojalá el alto cielo,
La vendiga y proteja,
Haciéndola del mundo
La mas grande princesa.

EL BRINDIS.

ODA XVIII.

Llena, Juana, la copa,
De jerezano mosto,
Dulce, como tus labios,
De fuego, cual tus ojos.
Brinda, Juana, con ella
Al amado de Apolo,
Al númen que las musas
Admiten en su coro.
Y ruégale que cante
En su plectro sonoro,
Que nacerán placeres
De su canto armonioso.
Que si escucha tu ruego,
Yo haré que vuele en torno
La copa, y á su dicha
Que en ella brinden todos.

LA INQUIETUD.

ODA XIX.

No creas, bien mio,
Tímida te encargue,

Que cobarde evites
Los duros combates.
Te adoro, mas nunca
Mi amor podrá darte
Consejo que un punto
Del deber te aparte.
Que el honor me enseña,
Que mucho mas vale
Una muerte honrosa
Que una vida infame.
Mas ay! que en tu ausencia,
Y desde este instante,
Llenarán mi pecho
Sustos y pesares.
Y agitada siempre,
Siempre palpitante,
El dulce reposo
Huirá con mi amante.
Veré sobre el cielo
El sol elevarse,
Causándome tedio
Su fulgor brillante.
Tornará la noche,
Sin que pueda darme
Alivio ó reposo
Su opaco celaje.
Si me rindo al sueño,
Tu querida imagen,

Cercada de riesgos,
Vendrá á desolarme.
Juzgaré que escucho
Resonar el parche,
Y al clarin sonoro
Llamarte al combate.
Te veré rompiendo
La fuerte falange,
Cercado de aceros,
Teñido de sangre.
O en el bridon fiero
Rápido lanzarte
Hácia el humo y fuego
Del cañon tonante.
De terrores yerta
Tus dolientes ayes
Juzgaré que escucho
Sin poder salvarte.
Que amando de veras,
Ausente y distante,
Todos mis tormentos
No sabré espresarte.

LA DUDA.

ODA XX.

La joven Silena
Un dia me dijo:
«Celmira, yo pienso
»Que me ama Batilo.
»Se muestra gozoso
»Siempre que le miro,
»Y si de él me aparto,
»Queda pensativo.
»Mi lado en el valle
»Busca con descuido;
»Y siempre es su anhelo
»El bailar conmigo.
»Suspira al mirarme,
»Con aire abatido,
»Y hermosa me llama
»Con tono espresivo.
»Si vuelvo á mirarle
»Se pone encendido,
»Y siente ó recela
»Haberme ofendido.
»Si ve que me agrada
»Algun pajarillo,
»O llenar de flores

»Quiero el canastillo,
»Batilo se lanza
»Al árbol vecino,
»Y al ave graciosa
»Sorprende en su nido.
»O al bosque ligero,
»Como el cervatillo
»Que parte á la selva
»Del lebrel seguido,
»Camina; y juntando
»Un ramo escogido
»De amaranto y rosa,
»De azucena y mirto,
»Vuelve, y á mis plantas
»Le ofrece rendido,
»Saltando gozoso
»Si ve que le admito.
»Pero si á mi lado
»El pastor Carino
»Está por acaso,
»O el gallardo Anfriso,
»Batilo agitado
»Está y distraido,
»Sin que hable ni atienda,
»Triste y pensativo.
»Mas si en el instante
»Con él me sonrio,
»De placer sus ojos

»Cobran nuevo brillo.»
Dime tú, Celmira,
Si juzgas lo mismo
Que yo, y si estas muestras
Son de amor indicio.

LA DESPEDIDA DEL OTOÑO.

ODA XXI.

Antes que cubra el noto
De escarchas nuestro suelo,
Del abundante otoño
Los dias celebremos.
Ya volaron los meses
Que bajo un sol de fuego,
Reposo y frescas sombras
Buscaba nuestro anhelo:
Las pasageras nubes,
El rocío esparciendo,
La atmósfera refrescan,
Y nos dan vigor nuevo.
En tropa bulliciosa
Corramos al majuelo,
Que entre el verde follage
Las frescas uvas veo.
Las agostadas hojas
Con que se cubre el suelo,

Bajo nuestros pies crujen
Con agradable estruendo.
Alárgame, Silena,
Ese racimo negro,
Y aquel que sonrosado
Escita mi deseo.
¡Que cepa tan cargada!
Aqui sentarme quiero,
Que puedo recostada
Ir el fruto escogiendo.
Bien haya el padre Baco,
Que un presente tan bello
Nos hizo al coronarnos
De pámpanos risueños.
Asi, llenad las copas
Del néctar de Lieo,
Y hasta apurar el mosto
Bebamos y cantemos.
De aqui, sobre la punta
De aquel torreon viejo,
Que yace abandonado
Y minado del tiempo,
Contemplo la cigüeña
Que adiestra sus hijuelos
Á girar por el aire
Con sosegado vuelo;
Pues esto nos anuncia
Que dejará muy pronto

Nuestra patria querida
Por un suelo estrangero.
La viva golondrina
Adios, adios diciendo,
Hasta tornar nos pide
Su nido respetemos.
Pero al jardin volvamos,
Que los perales llenos
De su sabroso fruto,
Aligerar debemos.
Heno y paja tendamos
En el ancho granero,
Y alli, con simetría
Las peras coloquemos.
¡Cuán dulces y sabrosas
Serán en el hibierno,
De nuestra parca mesa
El mas grato recreo!
Las sartas de granadas
Adornen nuestros techos,
Y arreglar los montones
De manzanas y peros.
Ya nuevamente escucho
Correr el arroyuelo,
Que el abrasado estío
Dejó agotado y seco;
Con su murmullo sordo
Suele atraerme el sueño,

Si en la siesta á su márgen
Con un libro me siento.
Mas volvamos, amigos,
Que amontonarse advierto
Las nubes, y tronando
Acercarse, y lloviendo.
Los gruesos goterones
Ya siento en mi sombrero
Caer; corred, amigas,
Al chozo del cabrero,
Aunque es chico, apiñadas
En él esperaremos,
Que las nubes de otoño
Pasan en un momento.
Y al volver á la granja,
Cuando se aclare el tiempo,
Bailaremos gozosas
Sobre el regado suelo.

LA MANZANITA.

ODA XXII.

De la fiesta del campo
Guardo una manzanita,
De cuantas dió el otoño
La mas graciosa y linda.
Amarilla, y manchada

De púrpura que brilla
Cual los graciosos labios
De la bella Ciprina.
Espidiendo fragancia,
Parece desafia
A la encendida rosa
Y á la azucena altiva.
Mil encantos la cercan,
Con mil delicias brinda,
Y ella será á mis labios
Mas dulce que ambrosía.
Complacida aun la guardo,
Y no la trocaria
Por la que disputaron
Las diosas en el Ida.
Que hace su vista sola
Que calle y me sonria,
Y entre recuerdos vuele
La alegre fantasía.
Eres lindo presente
De un zagal que aquel dia
Me dijo mil requiebros,
Y que por mí moria.
Mas aunque me complaces,
No engañas á Celmira,
Que astuta y recelosa,
De todo desconfia.

EL RECUERDO TRISTE.

ODA XXIII.

Bello jardin, que un tiempo
Fuiste de los suspiros
De mi adorado ausente,
Y de mi amor testigo,
¿Para que me recuerdas
Aquel tiempo querido,
En que era de mis dichas
El centro tu recinto?
Paréceme que escucho
Al blando cefirillo,
Meciéndose en las hojas,
Decirme compasivo.
» ¿Que buscas ya, Silena,
» En este verde sitio,
» Sino tristes memorias
» De tu adorado hechizo?
» ¿De aquel amante tierno,
» Que cuanto mas rendido,
» Mas tímido ocultaba
» Su vehemente cariño?
» Sentado aqui á tu lado,
» Trémulo y pensativo,
» Mil veces probó en vano

»Declarar su martirio.
»Aqui la vez primera,
»Por tí muero, te dijo,
»Y en tus lánguidos ojos
»Su triunfo miró escrito.
»Aqui su ardiente labio
»Y los tuyos, ¡cuán finos!
»¡Cuán tiernoos! pronunciaron
»Un juramento mismo.
»Hasta el último instante
»Aqui estuvo contigo.
»Aqui el adios postrero
»Profirió con delirio.»
Asi, tierna Silena,
Huye de este recinto,
Pues su vista destroza
Tu pecho conmovido.

A. S. M. LA REINA MI SEÑORA DOÑA MARIA JOSEFA AMALIA AL LLEGAR Á ESPAÑA.

ODA XXIV.

En vano Apolo se niega
A templar mi grata lira;
Mas bello númen me inflama,
Y á pesar suyo la inspira.
Por largo tiempo olvidada,
Y del cipres suspendida,
Flotaron rotas sus cuerdas,
Que solo el viento movia,
Y al olvido abandonada,
Triste llanto la cubria,
Marchitas las lindas rosas
Que la ciñeron las ninfas.
Pero en mi mano de nuevo
Colocándola Maria,
A celebrar sus virtudes
Obediente se dedica.
Maria, flor que en la aurora,
Dejando su cuna fria,
Viene á esparcir mil perfumes
Trasplantada al mediodia.
De vivo verdor se cubre

De Manzanares la orilla,
Cuando con ligera planta
Sus frescas márgenes pisa,
Y el noble rio levanta
La cabeza encanecida
A contemplar la que forma
Su ornamento y su delicia.
»Salve, la dice, Princesa,
»En cuyas virtudes fia
»Un pueblo fiel su esperanza,
»Un rey ilustre su dicha.
»Tras las pasadas borrascas,
»Que en luto y llanto envolvian,
»Y en sangre, y en voraz fuego
»Mis desoladas campiñas,
»Angel de paz en sus males
»Que vengas á ser confia
»La España, hallándote siempre
»Tierna, amable, y compasiva.
»Abre el camino hasta el trono
»Al mérito y la justicia,
»Y el infeliz sin apoyo,
»Halle en ti grata acogida.
»Cuando los tristes cuidados,
»Que hasta en el sólio se anidan,
»Rodeen tu Augusto Esposo,
»Disípelos tu sonrisa.
»Llena su ardiente deseo,

»Siendo cual fecunda oliva,
»De bellos bástagos tiernos
»Rodeada y sostenida.
»Y en largos años disfrutes
»De amor y perenne dicha,
»Colmada de bendiciones
»Por la patria agradecida.»
El rio calló; y siguiendo
Sus votos, la lira mia
Dulce sonaba, cubriendo
Tierno llanto mis mejillas.

LA CORTE Y LA ALDEA.

ODA XXV.

Tambien como en la corte
En la aldea se anida
El vicio, la falacia,
La ambicion y la intriga.
Tambien la envidia reina,
Con la rastrera intriga;
Y el mérito alli tiene
Tambien quien le persiga.
Siempre es el hombre el mismo,
Donde quiera que viva,
Y son sus sentimientos
Los que sus obras guian.

Y se anhela en la aldea
La vara de justicia,
Cual el puesto en la corte
O la encomienda rica.
Envidia la duquesa
El diamante que brilla,
Y una aldeana á otra
Envidia la gallina.
Al grande le envanece
Su cuna esclarecida,
Y al labrador las yuntas
Que su vecino admira.
La virtud, la modestia
A la templaza unidas,
Son solas las que labran
La suerte apetecida.
El gozar con anhelo,
El sufrir con fatiga,
Tambien como en la corte
Se puede en la alquería.
Asi bendigo al cielo,
Donde quiera que fija
Mi pasagera estancia
En esta fragil vida.
Y en todas partes hallo
Disgusto y alegría,
Juicio y estravagancias
Con las miserias mismas.

LA GOLONDRINA.

ODA XXVI.

Ven á mi humilde lecho,
Graciosa golondrina,
Y en él fija el albergue
De tu amada familia.
Solo morar te agrada
Donde la paz se anida.
Ven á mi humilde techo,
Vivirás complacida.
Aunque soy de la corte,
Mi alma, seducida
No está de sus grandezas,
Y soy, cual tú, sencilla.
No aprendí en los palacios
La falacia y mentira,
No en mi pecho el orgullo,
Y la ambicion domina.
Siempre en la paz hermosa
Y en la verdad divina
Formé todo mi encanto,
Labré toda mi dicha.
Admiré las virtudes
Si no supe seguirlas,
Y bendije al Eterno
Con alma enternecida.

Asi ven á mi asilo,
Cantora golondrina,
Y repite á mi reja
Tu grata melodía.
Mis hijos inocentes
A tu canto sonrian,
Y de mi esposo amado,
Los cuidados disipa.
El triste, á sus deberes
Da la mitad del dia,
Mirando los combates
Del vicio y de la intriga;
Pero vuelve anhelante,
Cuando declina el dia
A suspirar al seno
De su mejor amiga,
Y á gozar de sus hijos
Los juegos y caricias,
Y el sueño delicioso
Que grato le convida.
Ah! ven á ser testigo,
Inocente avecilla,
Del mas puro contento
Y doméstica dicha.
Ven á mi humilde techo,
Graciosa golondrina,
Y en él fija el albergue
De tu amada familia.

EL PESCADOR.

ODA XXVII.

Dame la flexible caña,
Dame el sedal y el anzuelo,
Que de la pesca agradable
Quiero gozar el recreo.
Entre las movibles olas
Surcar los pescados veo,
Que bulliciosos se agrupan,
Buscando el sabroso cebo.
El sol brillando en las ondas,
Deslumbra con su reflejo;
Y una ráfaga de luces
A larga distancia advierto.
El céfiro me acaricia
Con su humedecido aliento,
Y hasta algun duro peñasco
Me presta cómodo asiento.
Bien haya quien asi busca,
Su placer y su embeleso,
Haciendo guerra en el aire,
O en el húmedo elemento,
Sin complacerse en la sangre,
Como el sañudo guerrero,
Ni en las intrigas de corte
Qué agitan al palaciego.

Pero el corchito se mueve,
Ya tengo un pescado preso;
Cómo colea en el aire
Con bien inutil esfuerzo.
Silva al tenderse la caña,
Y á sacar otro pez vuelvo;
Y otro, y otro: ¡ cómo brillan!
Parecen bruñido acero.
El blanco cesto de mimbres
Asi que logre ver lleno,
Recojeré los sedales
Y alegre á mi granja vuelvo.
Mi cara esposa á la puerta
Me esperará con anhelo,
Y mis dos hijos amados
Saldrán corriendo á mi encuentro.
Uno pugna por cargarse
De toda la pesca el peso:
Otro saltando á mi lado
Me quita los aparejos.
Ambos rodean su madre
Y ella con rostro risueño,
Los frescos peces prepara
Atizando el manso fuego.
¡Oh qué cena tan sabrosa
Entre el placer y el contento!
Y con brindis repetidos
Me entrego gozoso al sueño.

A DON LUCAS ALEMAN Y AGUADO.

ODA XXVIII.

Musa, si grato el eco
Os fue con que mi lira
En vuestro loor sonaba
Con suave melodía,
Prestadme vuestro influjo
Y una voz espresiva,
Que muestre sentimientos
De un alma agradecida.
La aprobacion del sabio
Entusiasma y anima,
Y escita el corto ingenio,
Si tímido camina.
Yo siento que inflamado,
Todo el mio se escita
Con el elogio honroso
Que Aleman le dedica.
Y Teodoro aprobado
Por su musa festiva,
La sátira y desprecio
Desde ahora desafia.

LA AMISTAD.

LETRILLA PRIMERA.

Sentada en la ribera,
Serena y placentera,
Del Betis caudaloso,
Al céfiro amoroso
Le suele asi decir.
Cefirillo ligero,
Que siempre pasagero
A las graciosas flores
Roba gratos olores
Tu aliento sin cesar;
Recoge presuroso
Del labio cariñoso
Este suspiro ardiente,
Y á Clori, que está ausente,
Lo lleva tú veloz;
Y dila de camino,
Que llorando el destino,
Que de su amiga amada
La tiene separada,
Triste Celmira está.

LAS ARTES DE AMOR.

LETRILLA II.

Mi madre me dice
Que huya del amor,
Que es niño travieso,
Cruel y traidor.
Dice que en el alma
Causa un gran dolor,
Mas yo á todos veo
Seguir al amor.
Me dice que atrae
Pena al corazon,
Que incauto en sus redes
Prender se dejó.
Y diz no le apiada
El llanto y dolor,
Mas yo á todos veo,
Seguir al amor.
Dice que se rie,
Fiero engañador,
Al mirar la herida
Que él mismo causó.
Que enciende un terrible
Fuego abrasador,
Mas yo á todos veo
Seguir al amor.

LA COMPASION.

LETRILLA III.

Pues ves que me mata
Tu gran crueldad,
¡Hay, linda Laureta,
Ten de mí piedad!
Al verte, mi pecho
Siento palpitar,
Y de pena y miedo
Empiezo á temblar.
Aliento me falta
Para respirar.....
¡Hay, linda Laureta,
Ten de mí piedad!
Si veo tus ojos
Hacia mí tornar,
En su ardiente fuego
Me siento abrasar;
Balbuciente el labio,
No te acierta á hablar.....
¡Hay, linda Laureta,
Ten de mí piedad!
Si al son de tu lira
Te escucho cantar

Risueñas canciones
Con voz celestial,
Inmovil, cual piedra,
Me sueles dejar.....
¡Hay, linda Laureta,
Ten de mí piedad!
Pero al verte ingrata
Mi pasion pagar,
Con fieros desdenes
Pienso delirar.
Y hasta la existencia
Me suele cansar.....
¡Hay, linda Laureta,
Ten de mí piedad!
Cuando no te veo,
Busco soledad,
Por poder á solas
Mi pena llorar.
Y ardientes suspiros
Del alma exhalar.....
¡Hay, linda Laureta,
Ten de mí piedad!
¿Y por que de amarte,
Me quieres privar,
Si el amor del pecho
No puedo arrojar?
Déjame á lo menos
La dicha de amar.....

¡Hay, linda Laureta,
Ten de mí piedad!
Mas ¡ay! que me dejas,
Ingrata beldad,
Y el esquivo rostro
No quieres tornar.
No me des mas pruebas
De tu crueldad,
Y al fin, ¡oh Laureta,
Ten de mí piedad!

Á ROSANA.

LETRILLA IV.

¿Por que, simplicilla,
Gimes desolada
El ser desamada
De un ingrato bien?
¿Por que noche y dia
Clavado en tu mente,
Siempre está presente
Labrando tu mal?
¿Por que su memoria
Te arranca ese llanto?
Tan cruel quebranto,
No merece á fe
Tu amor generoso

:

Tu rara constancia,
Tu perseverancia
Deja sin pagar;
Y vuelve á la ingrata
Que supo olvidarle,
Y ausente dejarle
Con gran beleidad.
¿Tan gran desengaño
No será bastante
A tu pecho amante
Para desistir?
¿Y será que quieras
Consumir tu vida,
Sin curar la herida
Que te hace morir?
Deja ya, cuitada,
Amor tan tirano,
Da tu bella mano
A un amante fiel.
Quien no te prefiere,
No es digno de amarte;
Quien sabe apreciarte
Ama la virtud.
Tu candor hermoso,
Tu amable dulzura,
Tu bella figura
Te hacen sin igual.
Y es fuerza que el cielo,

Justo y poderoso,
Destino dichoso
Te conceda al fin.

EL RETORNO DE LA PRIMAVERA

LETRILLA V.

Tornan los dias
Del fresco mayo,
Tornan los cantos
Del ruiseñor.
Torna la rosa
De grana y nieve,
Con su perfume
Encantador.
Pero con ellos
Ya no retorna
El grato alivio
A mi dolor.
¡Oh primavera
Tan deseada,
De qué me sirve
Ya tu verdor!
La perspectiva
De mi contento,
Cual debil humo
Se disipó.

Y el desengaño
Mas doloroso
Ocupa solo
Mi corazon.

LA DESPEDIDA.

LETRILLA VI.

Adios, mi caro esposo,
Marcha con pecho fuerte
A despreciar la muerte,
Y á mezclarte en la lid.
Del Rey y de la patria
El interes sagrado
Reclaman un soldado
Decidido cual tú.
Y al universo muestra
Que por él romper sabes
Los lazos mas suaves
Que el hombre conoció.
Que el asilo abandonas
De una madre querida,
Cuya doliente vida
Te pudiera escusar.
Que dejas una esposa
Tierna y desconsolada,
De riesgos rodeada,

Sumida en el dolor.
Y una hija en la cuna,
Cuyas blandas caricias
Hacian las delicias
De tu paterno amor.
Impávido atraviesa
El ancho mar salado
En equinocio airado,
Burlando su rigor.
La muerte ó la victoria,
Tu suerte es decidida,
Hacienda, honor y vida,
Hoy vas á aventurar.
Indigno el que no corre
Cuando el deber le llama,
Y ardiente no se inflama
De un religioso ardor.
Yo sufro; mas no temas,
Que tu noble entereza
Con indigna bajeza
Procure contrastar.
Que fiel te seguiria,
Si á mi pecho pendiente,
Una niña inocente
No me fijase aqui.
¡Cuantas amargas penas
Apuraré en secreto;
Tú serás el objeto

De mi eterna inquietud!
Haz llegue á mi retiro
El eco de tu gloria,
Que nunca mi memoria
Te aparte del deber.
Adios que en este instante,
Mi llanto sofocando,
Voy tu valor copiando
Con alma varonil.
Te seguiré á la tumba,
Cual viuda de un valiente,
O tornarás la frente,
Ceñida de laurel.

EL DESENGAÑO.

ROMANCE PRIMERO.

Necia es, zagal, tu porfia,
Y mas necios tus estremos,
Si mil veces te repito
Que jamas amarte puedo.
Fundar pudieras acaso
Esperanza, si mi pecho,
Libre y tranquilo encerrase
Un corazon sin afecto.
Pero al yugo de Cupido
Rindióse mi debil cuello,

Y otro zagal es por siempre
De mi corazon el dueño.
Soy amada; mas si ingrato,
Desdeñara mi amor tierno,
No por eso le olvidara,
Ni admitiera un amor nuevo.
Mal haya quien solo quiere,
Esperanzado en el premio,
Quizás al verse pagado
Olvidara su amor luego.
Que no á mi zagal amable,
Porque me adora le quiero,
Sino por ser de la aldea
El mas gallardo y discreto.
Porque en la caza se arroja
Siempre al peligro el primero;
Y es en los juegos quien gana
El apetecido premio.
Zagal, dí, ¿por que me culpas,
Cuando ves que no fomento
Con mentidas esperanzas
Tu desventurado fuego?
Te doy para que me olvides
El mas seguro remedio,
Que el amor se cura pronto,
Con un desengaño á tiempo.
Esto la joven Delina,
Que adora al pastor Mireno,

Le dijo por desengaño
Al enamorado Delio.

EL CUMPLEAÑOS DE FILENO.

ROMANCE II.

Con los ecos de mi lira,
Sobre la menuda arena
De las playas Gaditanas,
Voy á llamar las nereidas.
A lo lejos las descubro
Recostadas en las peñas,
O meciéndose en las olas
Que amorosas las sustentan.
Yo haré resonar mi lira,
Y el cefirillo que vuela
Las llevará presuroso
La mas agradable nueva.
» Ninfas (las dirá en mi nombre)
» Venid, que á brillar empieza
» El dia en que de Fileno
» Va á celebrarse la fiesta.
» De Fileno, el hijo amado
» De las musas, que halagüeñas,
» A porfia le adornaron
» De sus dones con largueza.
» Ostentaos agradecidas,

»Ninfas sensibles y tiernas,
»A los hermosos cantares
»Con que Fileno os deleita.
»Venid, venid á la playa,
»Danzareis sobre la arena,
»Que de Celmira la lira,
»Dulce cual hoy, nunca suena.
»Procurad con vuestras gracias
»De Fileno la tristeza
»Disipar, y haced que olvide
»La memoria de sus penas.
»De la ninfa mas hermosa
»La encantadora belleza,
»De nuevo en su tierno pecho
»La llama de amor encienda.
»Y que no ya enternecidas,
»Sus lamentables querellas
»Escucheis, ninfas donosas,
»Con que afligido se queja.
»Sino de nuevo mil dichas
»Con que amor le recompensa,
»Borrando los fieros golpes
»Con que injusto le atormenta.

AL SEÑOR DON LUCAS ALEMAN Y AGUADO EN CONTESTACION Á OTRO SUYO.

ROMANCE III.

Vamos claros, señor chusco:
¿Habla de veras, ó burlas?
Y diga si son requiebros
Los suyos, ó acaso pullas.
Soy muger, y tambien tengo
Mi malicia sin segunda,
Y como hijita de playa,
Algo de sal en mi pluma.
¡Caspitina con sus versos¡
Me tiene medio confusa,
Pensando si á mi *Teodoro*
O le celebra, ó le zumba.
Que aquello de *sábia autora*
Mucho me escuece y me punza.
Y, vamos claros, ó miente,
O hace á su crítica injuria.
Yo quisiera persuadirme,
Porque á la verdad me gusta
El escuchar sus lindezas,
Que dice la verdad pura,
Que soy esa literata
Que instruye, deleita y gusta;
Y que no irá mi *Teodoro*

A cucuruchos de azucar.
Pero al punto en mis adentros
Aquesta maza importuna
De la conciencia me clama :
» Tontuela, mira que es bulla,
» Si Aleman no te conoce,
» Y por eso no te adula.
» Puede alabarte por chanza,
» O acaso por bondad suma.
» Por ser muger se perdonan
» Los defectos de tu pluma;
» Quizá en otro censurara
» Lo que á ti te disimula;
» Sin duda piensa que vale
» Mas egercitar la musa
» Que la baraja de naipes,
» O la lengua, si murmura.
» Quizá sabrá que tu traza
» Tambien es algo machucha,
» Tan poco amiga de adornos
» Que tal vez te se censura.
» Por eso escribe en tu elogio
» Medio veras, medio burlas.
» Quizá por eso te alaba,
» Quizá por eso le gustas.
Como soy, que mi conciencia
La verdad no disimula,
¡Y se queda el orgullejo

Mas fresco que una lechuga.
De todos modos, yo quedo
Muy servidora y muy suya,
Agradecida, etcetéra
Con todo lo que se usa.

Á CELMIRA.

ROMANCE IV. (*)

Este es el tiempo, Celmira,
De la paz: bendito seas,
¡Oh don benigno y suave,
Y encanto del alma tierna!
En medio de los combates
Y entre las duras cadenas
Tu voz se oyó, y cual la sombra
Desparecieron las guerras.
Pues su calma bienhechora
Gocemos, Celmira; quietas
Nuestras dos almas, respiran,
Nuestras dos cítaras suenan.
Ni de sangre, ni de incendios
Cantemos, ni de contiendas,
Y allá el bárbaro homicida

(*) Este romance es composicion de un amigo de la autora.

Viva entre duras peleas.
Huyeron los tristes dias
En que temblara la tierra
Con el crujir de las armas....
¡Dias de memoria eterna!
Mas en pos de tanto estrago
Las blandas horas se acercan,
En que al ócio regalado
Los corazones se entregan.
Ora es el tiempo dichoso
De la fresca primavera,
Cuando las flores su caliz
Aromático despliegan.
El prado con el rocío
Brilla esmaltado, y la tierra
Con el sol y el cefirillo
Despide gratas esencias.
Callada noche, ¿quien teme
Tus silenciosas tinieblas?
Solo asusta al delincuente
La opaca luz de la estrella.
Las aves en la alborada
Saltando alegres gorgean,
Y la yerba aljofarada
Pisa la humilde cordera.
Todo al placer de natura
Nos llama.... ¿que alma perversa
Se resiste al dulce grito

De la vida y la inocencia?
Loemos pues, mi Celmira,
En sencillas cantinelas,
Del año las estaciones,
Sus milagros, sus lindezas.
Tambien unidos cantemos
Del ingenio y de las ciencias,
Que sin saber no hay virtudes,
Ni respeto, ní obediencia.
Cuando la virtud se abraza
Es preciso conocerla,
Y conociendo el delito,
Se huyen sus redes secretas.
No puede un bien la ignorancia
Traer al hombre: las bestias
Padecen, porque no saben
Que hay mejor suerte en la tierra.
Todos aplauden al docto,
Todos al necio desprecian....
¿Quien pues sobre el idiotismo
Su felicidad cimenta?
Tus voces tambien dirige
A la amistad, ella enseña
La ternura y el reposo,
Do viven las almas buenas.
La calma y tranquilas horas
Inspira amistad sincera.
Ella cautiva, y no ata

Con lazos, no con cadenas.
¿Qué pecho negó acogida
Á la amistad verdadera?
¿Quien desatendió sus ruegos?
Y ¿quien esquivó su nectar?
Unidos, su dulce hechizo
Cantemos siempre: recuerda
Que amistad sabrosa y pura
Nuestras dos manos estrecha.
Ella escuchó de Fileno
Ardiente voto; y promesa
Que dicta amistad, se cumple
Sin envidia, sin violencia,
Y de Celmira y Fileno
Los nombres juntos resuenan,
Y de entonce, nuestros versos
Trocados viven y vuelan.
¿Hay placer que á placer tanto
Iguale jamás?.... ¿Quien deja
Sus transportes regalados
Por el amor que nos ciega?
¡Amor dije....! ¡amor....! Celmira,
¿Amas acaso? No ofendan
Mis ecos tu amable seno
Si el amor en él se hospeda.
Yo amé; y amor en su copa
Me dió veneno y fiereza,
Y sus éxtasis maldije,

Y aun no curé sus dolencias.
Empero, tal vez tu cuello
Supiste rendir discreta,
A un amor noble y pagado
De ventura siempre cierta.
Pues ¿á que es callar? El vano
Solo con razon se afrenta
De jurar que ama.... ¿y nosotros
Dirémoslo con vergüenza?
Amor á nadie envilece,
No es un crimen, es flaqueza;
Y ¿quién por humilde y débil,
Celmira, no se confiesa?
No mas silencio, mi amiga,
Dímelo franca, no sea
Que de amor escuches males
Cuando tú sus dichas pruebas;
¿Que pierdes, que yo imagine
Que un alma sensible albergas?
¿Que eres bondosa y afable,
Compasiva, humana y tierna?
No me duele que Celmira
Sepa amar; feliz posea
Un hombre digno su pecho,
Que esto mi pecho desea.
¿No será acaso mi amiga
La que esté amando?.... ay... no creas
En mi tal pensar: yo siempre

Tu amigo seré do quiera.
Mas si lloras por desgracia
Una libertad funesta
Que vivir te hace angustiada,
Repara en mí, y te consuela;
Y uniendo nuestras dos liras,
Olvidados de las penas,
De la juventud gocemos,
Que rápida se despeña. = Fileno.

CONTESTACION Á FILENO.

ROMANCE V.

Sí, Fileno, todo es calma,
El eco de la trompeta
No temblar hace á la esposa,
Ni al joven llama á la guerra.
Ya el fugitivo á lo lejos
No ve su choza que humea,
Ni ya sus talados campos
Con llanto el labrador riega.
¡Escenas de horror! cesaron.
Cesaron, y alegre empieza
A resplandecer la aurora
Que disipa las tinieblas,
La paz hermosa desciende
Del alto cielo, y risueña,

De la mano nos conduce,
Sus amables compañeras,
Pomona y Flora, que unidas
Derraman sobre la tierra
Sabrosos frutos y flores
Con que el hombre se recrea.
En este tiempo, Fileno,
El ardiente estío empieza,
Y hora es cuando el mar tranquilo
Su seno azulado muestra.
En blandas pequeñas olas
Se acerca á besar la arena,
Y al pie de las altas rocas,
Murmurando las estrella.
Al resplandor de la luna,
Que magestosa se eleva
Del fondo del Oceano
Donde brilla y reverbera.
Sentado sobre un peñasco
La tierna cítara templa,
Y á los céfiros marinos
Tus dulces ecos entrega.
Canta con ardiente númen
De natura la grandeza,
O bien el saber loando
Al sabio estudioso alienta.
Mientras yo á la fresca orilla
Que el rápido Betis riega,

Haré que mi lira escuchen
Las ninfas de la pradera.
Cantaré cómo la rosa
Sus bellas hojas desplega,
Y cómo la vid pomposa
Su morado fruto ostenta;
Y les diré á las zagalas
Cuán dulce es una accion buena,
Y que no hay placer mas grato
Que socorrer la indigencia.
Les diré, que solo el alma
Goza una paz duradera,
Cuando en el pecho tranquilo
La amable virtud se hospeda;
Y les diré los encantos
De la amistad verdadera,
La dulce amistad, Fileno,
Que nuestras dos almas llena.
Tambien del amor cantemos
Ya el placer, ó ya la pena,
Que la llama de amor puro
No debe causar vergüenza.
Un noble amor no fue nunca
Ni delito, ni aun flaqueza,
Que su fuego generoso
Hasta el heroismo lleva.
Cantemos de amor, mi amigo;
Tú sus rigores lamenta,

Porque robándote á Clori
A suspirar te condena.
Mientras yo observo cuidosa
Las zagalas de la aldea,
Que sus amores pintando,
Mas grata mi lira suena.
Pero jamas me preguntes
Lo que en mi pecho se encierra,
Ni si es oculta morada
Del hijo de Citerea.
Celmira, libre, ó esclava
De la pasion mas funesta,
De ser de Fileno amiga
Hace la firme promesa.
Esto, Fileno, te basta,
Con mis secretos me deja,
No quieras romper la nube
Que mi existencia rodea.
Soy infeliz; mas la causa
No adivinarla pretendas,
Que mil veces ni yo misma
He podido comprenderla.
Muchas pasiones tiranas
Nos combaten con fiereza,
Y no es el amor el solo
Que amargo llanto nos cuesta.
Mas ¿cómo pensar pudiste
Que la libertad sintiera,

Ni que me fuese enojosa
La feliz independencia?
Pregúntale al gilguerillo
Que rompió la jaula estrecha,
Si amó sus hierros dorados,
Mas qué vagar por la selva.
O á la ligera corcilla
Que atraviesa la floresta,
Si desfallece angustiada
Por estar de yugo exenta.
Fileno no me preguntes,
Y á cantar de nuevo empieza,
Que yo á mi rústica lira
Iré anudando las cuerdas.

MI SITUACION.

LIRAS.

Estaba yo sentada
Del manzanares á la fresca orilla,
Mirando enagenada
Una blanca y graciosa tortolilla,
Que al lado de su amado y fiel esposo,
Formaba dulce arrullo cariñoso.
Si de ella se apartaba
El tortolillo fiel, triste gemia;
Pero al punto tornaba,

Y á su tierno gemido respondia.
Sobre un árbol frondoso se posaban,
Y con los bellos picos se halagaban.
Despues que largo rato
Miré yo enternecida sus amores,
De mi destino ingrato
Maldije la injusticia y los rigores.
Y el recuerdo infeliz de mi tormento,
Ocupó mi agitado pensamiento.
Mis ojos desmayados,
De lágrimas amargas se cubrieron,
Y ácia el cielo tornados,
Quejas de su rigor tristes le dieron;
Pues como el humo que arrebata el viento,
La esperanza voló de mi contento.
La risueña esperanza
Que llenara mi vida de dulzura,
Y en tranquila bonanza
Me llevaba ácia el puerto con presura;
Mas ¡ay! que el desengaño doloroso
Me robó la esperanza y el reposo.
Y por siempre privado
Mi corazon de paz y de ternura,
Por decreto del hado
Fallece condenado á noche oscura.
Y solo al fin la calma y el reposo
Hallará en el sepulcro tenebroso.

MI DESEO.

LIRAS.

Grato es al alma mia
Ver los campos cubiertos de verdura,
Y en la selvas ombría,
Del ruiseñor que canta en la espesura,
Escuchar el gorgeo cariñoso,
Mas que el canto de Orfeo melodioso.
Y ver la vid pomposa
Cual ostenta su fruto sazonado,
Que la copa espumosa
Hinche del dulce nectar apreciado,
Con que el hombre destierra los pesares,
Y hace nacer placeres á millares.
Y gozar de la rosa,
Que entre-abriendo el capullo sonrosado,
Al céfiro amorosa
Confia su perfume delicado,
Embalsamando el delicioso aliento
Que duplica mi vida y mi contento.
O mirar cual activo
El arroyuelo se desliza ledo,
Y el céfiro festivo,
Como silvando con susurro quedo,
Ondea con su aliento sosegado
Las altas ramas y el verdor del prado.

O su disco brillante
Ver como eleva el sol, cuando venciendo
La nube que un instante
Sus rayos ocultó, va recorriendo
Los cielos, que á su triunfo se sonrien,
Y mas hermosos con su luz se engrien.

Luego, en la noche fria
Disfrutar de la sombra misteriosa,
Cuando esperando el dia
Naturaleza lánguida reposa,
La sien ceñida de mortal beleño
En grata paz, abandonada al sueño.

Que mi pecho sencillo
El fausto no ambiciona y la grandeza,
Ni se deslumbra al brillo
De opulencia, mil veces con bajeza,
Comprada indignamente, y sostenida,
Y con escesos y rubor perdida.

Que anhelo, mas que el oro,
Un retiro sencillo y sosegado;
Y del numen que adoro
Ver el poder inmenso desplegado
En la naturaleza siempre hermosa,
Y vivir ni envidiada ni envidiosa.

EN EL NACIMIENTO DEL SERENÍSIMO SEÑOR INFANTE DON CARLOS LUIS MARIA DE BORBON.

LIRAS.

Yo vi al amor volando,
Que un trasparente velo sostenia,
En tanto que marchando,
Una tropa de genios conducia
Un lindo canastillo perfumado
De azúcares y rosas coronado.
Cual la perla preciosa
Contenida en la concha brilladora,
En su centro reposa
Un infante mas bello que la aurora;
Y el amor al instante repetia
Es el hijo de Carlos y María.
»Es aquel que avivando
»De sus almas la llama ardiente y pura,
»Y sus votos colmando,
»Nace á sembrar sus vidas de dulzura,
»Y á probar, que superan la grandeza,
»Los placeres que da naturaleza.
»Ved en sus negros ojos
»De su madre copiado el vivo fuego,
»Y en sus cabellos rojos,

»Que cual su padre, nace desde luego
»A ser el protector del afligdo,
»Elevando hasta el solio su gemido.
»La sangre generosa
»Que en sus venas circula blandamente,
»La espada victoriosa
»Hará que un dia empuñe noblemente,
»Y que la España complacida cante
»Las virtudes y glorias de su infante.
»Asi, escuadron gracioso,
»A quien tan noble peso es confiado,
»Vuela al templo suntuoso
»A la virtud y gloria consagrado,
»Donde solo reposan los varones,
»Que son lustre y honor de las naciones.
Dijo el amor gozoso,
Y los genios siguiendo su camino,
Van con el niño hermoso
A cumplir los decretos del destino;
Mientras yo, de mi lira, respetuosa,
Los ecos le tributo temerosa.

EL TARANLARERA.

CANCION.

Solamente un momento me escuche
Toda joven que se halle soltera,
Y en mis males de taranlarera
Tome ejemplo su taranlará.
Libre y sola gocé afortunada
De una dicha pura y lisongera,
Sin que el fuego del taranlarera
Me afligiese con taranlará.
Pero un joven amable y gracioso
Me mostró una pasion verdadera,
Y al decirme su taranlarera,
Creí cierto su taranlará.
Ofrecióme su mano amorosa,
Seguí al punto de amor la bandera,
E Himeneo, con taranlarera
Para siempre echó el taranlará.
Al principio gocé virtuosa
De una dicha dulce y hechicera;
Pero luego aquel taranlarera,
Se ha trocado en un taranlará.
De mi esposo la cara de risa
Se ha mudado en adusta y severa,
Y las niñas del taranlarera
Leparecen muy taranlará.

En el juego se está todo el dia,
Pierde, y jura con furia altanera,
Y en estando sin taranlarera,
Bebe, y viene muy taranlará.
En mi vida triste é infelice,
Escarmiente toda la que quiera,
Pues los hombres del taranlarera,
No son siempre del taranlará.

A CELMIRA POR UN AMIGO EN UN CONVITE.

OCTAVA.

Divina Safo, cuyo heroico aliento
Al pindo sube en plácida armonía,
Coronastes al fin nuestro contento
En tan alegre y tan dichoso dia:
Llegó á subir tu voz al firmamento,
Completastes asi nuestra alegría,
Porque tu fama lleve el rubio Apolo,
Desde la ardiente línea al frio polo.

RESPUESTA.

Trémulo el labio, y con medroso aliento,
Hallar no puede plácida armonia;
Mas canto y cedo al ruego y al contento
Que todo escusa en tan hermoso dia.

Siguióme Anfriso, y sube al firmamento
Su dulce voz que colma mi alegría;
Pues su numen, que vence al claro Apolo,
Mi gloria lleva de la línea al polo.

LA DESESPERACION.

ELEGÍA.

No deseo la luz del claro dia,
Ni escuchar al romper la fresca aurora,
De las aves la dulce melodia:
Que no las galas con que alegre Flora
Las risueñas praderas engalana,
Disipan el pesar que me debora.
Solo busco en la selva mas lejana
Tétrico albergue, asilo tenebroso,
No pisado jamas de huella humana.
Y quiero de la noche en el reposo
Escuchar como el buho se lamenta
Con grito repetido y lastimoso.
Quiero que al cielo cubra la tormenta,
Y el huracan que silve en la espesura
Con la furia mas rápida y violenta.
Que al mirar combatida la natura
Parece que se templan mis dolores,
Y encuentra alguna mísera dulzura.
Soy cual barquilla espuesta á los rigores

Del irritado mar, cuando le agita
El soplo de los vientos bramadores.
Y al abismo, veloz me precipita
El encono cruel con que la suerte
Tiene mi ruina y perdicion escrita.
Que no hay constancia que dolor tan fuerte
Resistir pueda, y toda mi esperanza
Se cifra en el sepulcro y en la muerte,
Que allí el imperio del dolor no alcanza.

MIS VOTOS.

SONETO PRIMERO.

Brille tu frente noble, cual graciosa,
De laurel inmortal siempre ceñida,
Arda en tu mente, nunca escurecida,
Del sublime saber la llama hermosa.

Fuente risueña, pura y deliciosa
Del placer y virtud corra tu vida,
Tu razon triunfe, cuando combatida,
De las pasiones luche temerosa.

Sea tu pecho tierno y generoso
De la santa amistad grata morada,
Nunca palpite triste y congojoso;

Y tu existencia, cuando ya colmada
De larga dicha, toque el fin forzoso,
Tranquilo bajes á la tumba helada.

EN LA DESTRONACION DE NAPOLEON.

SONETO II.

Al ver el monstruo asolador del mundo
Salir del polvo, y elevarse ufano,
Llevando el rayo en la funesta mano,
Gimió la tierra con dolor profundo.

Sobre cien pueblos fija su pie inmundo:
Dueño se juzga del linage humano,
Y estender piensa su poder tirano,
Siendo en sangrienta gloria sin segundo.

Pero la invicta España esclarecida
Resistir supo su fatal cadena,
Del ilustre britano sostenida.

La Europa se despierta, y vuela al Sena
Dejando al monstruo solo con la vida,
Que á eterna infamia y maldicion condena.

EL PRONÓSTICO.

SONETO III.

Goza, Dorila, el fruto vergonzoso
Con que tu seduccion has coronado;
Por mí ya nunca te será inquietado
Aquel que ingrato me robó el reposo.

Vuela fugaz el tiempo presuroso,
Con él un torpe ardor amortiguado,
De la razon al grito redoblado
Cede, y se humilla á su atractivo hermoso.

Entonces ¡ay! volviendo del letargo
En que tu amante yace adormecido,
Teme, Dorila, su despecho amargo.

Teme que llore acaso un bien perdido,
Y á ti haga siempre el doloroso cargo
Del hondo abismo donde le has sumido.

LA INOCENCIA.

SONETO IV.

¿Fuiste, corazon mio, artificioso,
Falso, ingrato, insensible ó solapado?
¿Dime si débilmente has abrigado
Sentimiento falaz ó criminoso?

¿Dime si mereciste el doloroso
Tormento á que te miras condenado?
¿Dime si de la suerte has provocado
El encono cruel y rigoroso?

Mas me respondes puro é inocente:
»De constancia y virtud modelo he sido,
»Amar fue mi delito solamente.

¿Pues á qué tanto lloro? ten sabido,
Que mas remordimientos sufre y siente
El que su adversa suerte ha merecido.

MI TEMOR ÚNICO.

SONETO V.

No me hace estremecer el silvo fiero
Del terrible uracan, cuando agitado
Forma montañas en el mar salado,
Llenando de pavor al marinero.

Ni el trueno que retumba, ni el lijero
Rayo, de escura nube disparado,
Ni el torrente que arrastra mi ganado,
Ni ver entre humo y llamas el granero.

Con pecho firme, con serena frente
Miraré el universo combatido,
Sin que el corazon mio se amedrente.

Mas este corazon tan atrevido,
Tiembla, palpita.... mil temores siente
Si sueña de tu amor, helado olvido.

EL RUEGO.

SONETO VI.

Cuando, guiado del honor ardiente,
Al combate camines animoso,
Y obligando al caballo belicoso,
Te arrojes al peligro ciegamente;

Cuando rompiendo la enemiga gente
Huya en confuso bando temeroso,
Y debas á tu acero victorioso
El sublime renombre de valiente;

Cuando tu vista anime, y el soldado
Al contemplar tu ardor, el suyo aumente,
Despreciando la muerte denodado,

Modera tu valor, y al occidente
Vueltos los ojos, del amor guiado,
Allí recuerda á tu Delina ausente.

EL HOMBRE DICHOSO.

SONETO VII.

No es el hombre feliz quien de riqueza
se mira, y de placeres rodeado,
Pues le desvela el mísero cuidado
De si podrá mirarse en la pobreza.

Ni al gozar de su amada la belleza
Es feliz el fogoso enamorado,
Pensando si su amor será engañado
De una falsa, fingiendo con destreza.

No es feliz el que eleva la fortuna
A un puesto de grandeza y honor lleno,
La ambicion le rodea é importuna;

La envidia le derrama su veneno.
Solo es feliz sin inquietud alguna,
El necio de cuidados siempre ageno.

LA OSTINACION DE UN MAL.

SONETO VIII.

Brilla la Aurora tras la noche umbría,
Y al soplo airado de huracan furioso,
Con blando aliento el céfiro amoroso
Sucede y calma el prado que gemia.

Sigue á la tempestad que enluta el dia,
El iris de bonanza, signo hermoso.
Y el esclavo disfruta algun reposo,
Si en risueña esperanza se confia.

Solo yo, en noche sempiterna vivo;
Siempre en mi corazon huracan brama,
Nunca de paz el iris apercibo:

Mi pecho en vano la esperanza llama,
Que el decreto fatal del hado esquivo,
»Sé por siempre infeliz», repite y clama.

MI TRIUNFO.

SONETO XI.

En vano el fuerte roble combatido
Es por la tempestad: en vano el viento
Quiere encorvar el tronco corpulento
A las hondas raices firme asido.

En vano brama el mar enfurecido,
Y redoblando su chocar violento
De la alta roca, el inmutable asiento
Piensa abatir á golpe repetido.

Tambien mi gloria con feroz despecho
Combatió en vano la malicia un dia;
Envenenó la envidia sin provecho.

Pues yo, riendo de su saña impia,
Puro y tranquilo conservé mi pecho,
Y opuse solo indiferencia fria.

LOS CELOS.

SONETO X.

Las tardas horas de la noche fria
Conté anhelante, sin que el blando sueño
Mis párpados tocase con beleño,
Calmando un tanto la congoja mia.

Ya se acercaba el venidero dia
Sin que quisiese dulce y halagüeño
Oir mis votos, ni mudar el ceño
Que de mis ojos fiero le desvia.

Por fin, airado se prestó á mi ruego,
Sin que mi afan quedase satisfecho,
Ni encontrase en sus brazos el sosiego,

Pues fiera imagen destrozó mi pecho,
Tanto avivando mi celoso fuego,
Que enagenada me arrojé del lecho.

A LAS AGUAS MINERALES DE SACEDON.

SONETO XI.

Yo te saludo, bien-hechora fuente,
Que vas ya mis dolores mitigando,
Y á mis entorpecidos miembros dando
Laxitud y firmeza juntamente.

La virtud que te dió el Omnipotente
Y que tan prontamente voy notando,
De gratitud mi corazon llenando,
Publicará mi labio eternamente.

Que no te culpe quien su bien no cuenta,
Si el vicio ha corrompido sus humores,
O larga edad su padecer fomenta;

Que tú disipar puedes los dolores
Sin la virtud que del Jordan se cuenta,
Y merecer sin ella mil loores.

EL MAS INFELIZ.

SONETO XII.

Mi tierno corazon de amor se abrasa,
Arde y se agita, y su penar creciendo,
Va lentamente, cuanto mas pretendo
El dardo separar que me traspasa.

Que dolor á dolor mi suerte escasa
Va añadiendo, de modo que no entiendo
Si á los sufridos, el que estoy sintiendo
En amargura y en viveza pasa.

Vivo ausente, celoso y olvidado;
De una ingrata me miro aborrecido;
Me mostró tierno amor, y se ha mudado;

De un indigno ribal estoy vencido;
Rie su triunfo viéndome humillado....
Mas infeliz que yo, nadie lo ha sido.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA.

SONETO XIII.

Rompiendo presta el azulado velo,
Del alto olimpo descendió Lucina,
Al solio ibero grata se avecina,
Y allí detiene el vagoroso vuelo.

Mira á Isabel, contémplala modelo
De modesta virtud, pura y divina,
Bella cual Venus, que de la marina
Espuma nace á enamorar al cielo.

»Salve, la dice, madre y protectora
»Del noble pueblo que en tu amor confia,
»Y que leal te jura su señora.

»Ya está marcado el venturoso dia,
»Que con el fruto que en tu seno mora,
»Pagues su amor, colmando su alegría.

EN EL FALLECIMIENTO DE LA INFANTA DOÑA MARIA ISABEL LUISA.

SONETO XIV.

Alma inmortal, que desatando el velo
De polvo que tu brillo oscurecia,
Dejas gozosa la region sombría,
Do reina siempre la maldad y el duelo.

Si pudo complacerte el tierno celo
Con que tu cuna cándida mecia,
Benigna acoge la plegaria mia;
Mírame grata desde el alto cielo.

Con mano pura, plácida, inocente,
Mis votos al Eterno presentando,
Házlos, angel, oir benignamente.

Y un príncipe, á la España consolando,
Que en dulce gozo torne prontamente
El llanto de Isabel y de Fernando.

EN EL FALLECIMIENTO DE LA REINA NUESTRA SEÑORA.

SONETO XV.

Tiende las negras alas pavorosa
La muerte, de tinieblas rodeada,
A su vista la tierra consternada
Se estremece y vacila temerosa.

Con mirada feroz y desdeñosa
Recorre de los reyes la morada,
Y de amor y virtudes coronada,
Mira á Isabel sensible y generosa.

El espectro, á su brillo deslumbrado,
Un momento respeta su hermosura,
Y el acero invisible tiene alzado.

»Pierda el mundo su ornato y su ventura,»
Dijo al fin, cuando al golpe redoblado,
De su vida eclipsó la antorcha pura.

AL MISMO ASUNTO.

SONETO XVI.

Mi corazon de suspirar cansado,
A los pies de Isabel, dulce latia,
Mi existencia á su sombra bendecia,
Juzgándome en el puesto deseado.

En silencio mi amor reconcentrado,
Al mirar su virtud mas puro ardia;
Su sonrisa celeste mi alegría
Colmaba, y mi ambicion era su agrado.

La muerte activa con guadaña airada
Todo mi bien en el sepulcro lanza,
Quedó en vacío inmenso anonadada.

Y pues en tal destino no hay mudanza,
Sufriré su fiereza resignada
Sin placer, sin amor, sin esperanza.

AL SEÑOR DON LUCAS ALEMAN Y AGUADO.

SONETO XVII.

Vuestras graciosas frases en que brilla
Chiste y moderacion, propia de un sabio,
Y en que por abatiros, un agravio
Haceis á la verdad pura y sencilla;

No mudan mi opinion, no, ni mancilla
La vuestra, que en el orbe literario
El nombre de Aleman de labio en labio
Con gloria vuela, cuando mas se humilla.

Jamas os vi; mas bien sé que prudente
En desterrar *el mal* pasais la vida,
En lo moral y físico igualmente;

Y en admiraros solo complacida,
No espereis que os conteste nuevamente,
Si á entrar en lid con vos fuera atrevida.

EN LOS DIAS DE S. M. LA REINA NUESTRA SEÑORA.

SONETO XVIII.

¿Por que perdiendo su furor airado
El ardiente cañon suena á lo lejos?
¿Por que del claro sol á los reflejos
Brilla el oro, el diamante y el brocado?

¿Por que corriendo el pueblo alborozado,
Se empeña en señalarse en sus festejos?
¿Por que en fin de su gozo son bosquejos
Los vivas que profiere enagenado?

De una madre modesta y generosa,
De candor, de virtud grato modelo,
Celebra el dia, y al Eterno invoca

Se conserve la reina religiosa,
Que cual iris de paz desarma al cielo,
Siendo al genio del mal perpetua roca.

AL CUMPLEAÑOS DEL S. S. INFANTE DON CARLOS LUIS.

SONETO XIX.

Augusto niño, que creceis felice,
Dulce esperanza siendo al pueblo ibero,
Rama escelsa del tronco que venero,
Y á quien mi labio sin cesar bendice.

El cielo en vuestro pecho fecundice
Las virtudes que, cual blason primero,
Brotan en él, y os hacen el lucero
Que mas completo brillo nos predice.

Volved los ojos á la pura fuente
De que traeis orígen tan glorioso,
Y ejemplo ilustre encontrareis patente;

Sereis sufrido, sabio, generoso,
Inaccesible á la enemiga gente,
Y siempre amado, siendo virtuoso.

LA RESOLUCION.

SONETO XX.

Funesta palidez cubrió mi frente,
Y mis ojos sin brillo y conturbados,
Al cielo fueron con dolor tornados
Cuando tu vil traicion miré patente.

Un hielo se esparció rápidamente
Por mis miembros sin fuerza y embargados,
Y del pecho oprimido y congojado
Exhaló el corazon un ay.... doliente.

¡Mas ay! del alma la cruel fatiga
Sentirla pude, pero no espresarla,
Que no se dará voz que tanto diga.

Saberla no quisiera, ni ignorarla,
Que es su misma grandeza quien me obliga
A la sublime empresa de olvidarla.

SÁTIRA Á LAURA.

Déjame, Laura, mi arrugado ceño,
Y la causa por Dios no te desvele;
¡Hay por saberlo tan tenaz empeño!
Una muela suponte que me duele,
O que me estan picando sabañones,
Que me atacó el esplin que darme suele;
Mas dale que le das con tus razones,
Y con decir que de otra causa nacen
Mi avinagrado gesto y contorsiones.
No te quejes al fin, si hablar me hacen,
Y si amargas verdades vas oyendo,
Mis labios en mentir no se complacen.
Tengo un perverso humor porque estoy viendo
Que pasas, Laura, ya de los cincuenta,
Y estás de bella niña presumiendo.
Que si á ti un lindo joven se presenta,
Haces por conquistarle mil monadas,
Con sonrisa ridícula y violenta.
Tus facciones estan acartonadas,
Y las hondas arrugas no se ocultan,
Aunque de blanco y rus embarnizadas.
¿De que te sirve andar en mil consultas
Con todas las modistas mas famosas,
Si ya el buen gusto con tu adorno insultas?
Tan completa elegancia con las rosas

De la belleza y juventud se hermana,
No con la vejez triste y achacosa.
Y cuando tú te juzgas mas lozana,
Con el arte supliendo los hechizos,
Mas queda entonces tu esperanza vana.
Que esos ligeros y graciosos rizos,
Todos ven que te cubren sendas canas,
Y que sobre tu frente estan postizos.
Con todos tus afanes solo ganas
No ser, como las jóvenes, querida,
Ni respetada ser con las ancianas.
Pasas con pena una tediosa vida,
Desengaño y desaires devorando,
Sin lograr engañar ni ser creida.
¡Que loca vieja! dicen murmurando,
Los que en el rigodon te ven mezclarte,
Con tardo pie un solo ejecutando.
La sonrisa burlona en cualquier parte
Encuentras, cuando buscas que te alaben,
Sin que el orgullo pueda alucinarte.
¿No ves otras mugeres como saben
Un lugar conservar siempre decente,
Y de mofa y desprecio se precaven?
Con tiempo se retira la prudente,
Contenta y satisfecha de su gloria,
Que prolongar no quiere eternamente.
De su mérito queda la memoria,
Y el respeto y aprecio se suceden

A los triunfos de amor y á la victoria.
La bondad y el talento tambien pueden
Un lugar procurar muy distinguido,
Que la hermosura ó brillantez no esceden,
Y en sociedad mil veces preferido
El lado es de una anciana con cordura,
Al de una coquetilla sin sentido.
Asi, Laura, conoce tu locura,
Dejate el figurin y la gabota,
Con tanta afectacion y compostura.
Que aunque tu bilis toda se alborota
Por este chaparron de claridades,
No habré de suprimirle ni una jota,
Que á mi nada me importa que te enfades.

LA FIESTA DE TOROS.

SATIRA.

!Oh cual se aumenta el sin igual bullicio!
¡Cual la gente afanada se amontona!
Hácia alli vuela el calesin veloce,
Abriendo calle en la apiñada gente,
Que apenas oye el eco vocinglero,
Que casi ronco de gritar despide
El conductor, que piensa ya en la vuelta,
Y á su viveza fia la ganancia.
No importa que saltando en la carrera
La fragil rueda, dé con el carguío

Sobre la blanda alfombra de guijarros,
Rompiendo el brazo, ó magullando el cuerpo;
Que son leves reparos, si se trata
De llegar pronto, de volver primero,
Y no perder el flete duplicado,
Llenando aprisa la avarienta bolsa.
Viene alli un coche, en donde, sin moverse,
Llega aprensada una familia entera:
Hombres, mugeres, niños, hasta el perro
Se amontonaron en el sucio albergue,
Que las éticas mulas con fatiga
Van arrastrando y publicando mudas,
Que es tren de *Don Simon* de arriba á bajo.
Por otro lado llega ya anhelante
El que dándole solo á los talones
Corrió las calles lleno de contento,
Y casi sin comer dejó la mesa,
Por evitar el sentimiento duro
De no hallar sitio en la redonda plaza,
Y quedarse sin toros.... ¡Oh desdicha!
En tanto, la manola puesta en jarras,
A grandes pasos se apresura y llega,
Mostrando en sus meneos y en su brio
Que va dispuesta á varonil camorra....
Ya el instante llegó, sobre sus gonces
Empiezan á crujir las anchas puertas,
Que á la plaza feliz prestan entrada.
Mas que veo, gran Dios....! ¡fiero oleage!

¡Cual se amontonan!.... desigual pelea
Empieza para entrar..... ¡Que de moquetes!
¡Que de apretones.....! rómpese la capa,
La mantilla se rasga; allá un sombrero
Volando va, sin que su dueño pueda
Recobrarle jamas..... ¡Cuantos bolsillos
Hicieron noche los sutiles dedos
Del astuto ladron, sin que le noten
En tan propicia y buena coyuntura.
Uno grita, otro jura, aquel se enfada,
Y repartiendo votos y sopapos,
Logra por fin entrar. Otro molido,
Maldiciendo su suerte, se retira
A su casa furioso; cruel pendencia
Armando á su muger, que nunca tuvo
La culpa de que sitio le faltase,
Y que la grata diversion no viese.
Por fin, llena aparece la ancha plaza,
Y despejada la menuda arena
Que ocupan los valientes lidiadores.
Ya sale el alguacil: ¡válgame el cielo!
¡Que atronador gritar! ¡Cuantos silvidos!
¿Que podrá contener los gritadores?
Solo tú, solo tú, que ya sonaste,
Benéfico clarin. Todo es silencio,
Silencio que un momento durar debe,
Sucediéndole nueva gritería,
Que es parte del placer que presta y causa

Esta funcion humana y divertida.
Tal asi suele la arboleda espesa,
Agitada de vientos bramadores,
Un momento quedar en quieta calma,
Para sufrir el nuevo torbellino.
Ya en el circo se muestra el gentil toro,
Que escarbando la arena, se prepara
Para lanzarse al picador osado,
Que le presenta la acerada pica.
Mas ¡ay! que á veces la delgada vara
Saltando, deja al infeliz ginete
A merced de la fiera, que irritada
Con el crudo dolor, vuelve furiosa;
Y sacudiendo el retorcido cuerno,
Repite heridas, hasta que bramando,
A buscar otra víctima se aparta.
¡Grata curiosidad! ¡gusto esquisito!
¡Soberano placer! Cuando entre cuatro,
Pálido y semi-vivo, ve la gente
Un torero sacar de la palestra,
Su desastrado fin á nadie cuesta
Lástima ó llanto; el mísero estipendio
Que el triste recibió, ya le ha privado
De los derechos que piedad señala,
Y á fria indiferencia le condena.
¿Quien no ve cuan alegre y satisfecha
Mira la fiesta la sensible dama,
Sin mostrarse agitada ó compasiva?

¡Cual clama por las suertes peligrosas,
Cuando en su casa, melindrosa y necia,
Una picada de alfiler no puede
Mirar sin desmayarse! Y la otra niña,
Que de una mosca tiene mortal asco,
¡Cual sus miradas con placer recrea
Sobre los charcos de espumosa sangre;
Y en el caballo, que tendido y muerto,
A su mirada delicada ostenta
La sucia vista de su vientre roto!
¿Mas que nueva señal? Las banderillas
Van á llover sobre el robusto cuello
Del mísero animal, que hubiera dado
Sujeto al yugo, á una familia entera
Pan y reposo dilatados años.
Pero es mas grato que la airada fiera
Su muerte vengue, difundiendo el susto
En las cuadrillas que á su torno giran.
En tanto que de gradas y tendidos
Escuchan las palmadas y los bravos,
Y tambien los silvidos, los insultos
Con que á la dura lid son provocados
Por los que, al verse en alto y bien seguros,
Se muestran esforzados y valientes.
Mas la blanca bandera, que fue siempre
Grato signo de paz, ora de muerte,
Se mira tremolar, y en el momento,
Osado el matador muestra la espada,

Y al diestro impulso de su brazo fuerte
Rendido el toro, ante sus pies espira.
Suena el clarin, las mulas se presentan;
Y haciendo resonar las campanillas,
La muerta bestia sacan de la plaza,
Levantando de polvo densa nube,
Y á nueva lid se aprestan vencedores.
Mientras, validos del ocioso rato,
Una tropa de vagos se derrama
Por tendidos y gradas: uno grita
Agua fresca, otro bollos, este orchata;
En tanto que la libre naranjera,
Al uno pisa, sobre el otro salta,
Dando cien golpes con la dura cesta.
Abanicos de caña vende el otro;
Otro grita torrados con sus pasas,
Mezclándose unas voces tan diversas,
Roncas las unas, otras destempladas.
Un toro al otro se sucede aprisa.....
¡Que grata variacion! y asi la tarde
Se pasa alegre, los activos rayos
De un sol abrasador sufriendo á veces.
Mas ¡oh fiero destino! todo acaba
En el mundo caduco; hasta la fiesta
Por desgracia acabó..... ¡Que no durara,
Como tres horas, tres seguidos años.....!
Y no que con las sombras de la noche,
Sin bulla, descontentos y espaciosos

Van los espectadores á sus casas,
Sin aliento, molidos, desmayados,
De blanco polvo y de sudor cubiertos.

LA ESCUSA.

DECIMA PRIMERA.

Rosario muy enojada,
De mi silencio se queja,
Y en bellos versos moteja
Mi amistad de descuidada.
Pero que deje lo airada,
Y no culpe mi cariño,
Sino el infernal aliño
De mi tintero y papel,
Que por no escribir con él,
A lo forzoso me ciño.

EL CONSEJO.

DECIMA II.

Si quieres tu corazon,
Silvia, entregar á un amante,
Búscalo fino y constante,
No te haga luego traicion.
Consulta con la razon
Tu eleccion, no con tus ojos,
Que ellos á veces antojos

Suelen necios padecer,
Y llegan luego á escoger
En vez de flores abrojos.

EN UN CONVITE.

DACIMA III.

Méritos mil este dia
De gracias y de belleza,
En las damas de esta mesa
Resplandecen á porfia.
Celebrándolas podria
Ser mi numen verdadero;
Pero su elogio no quiero
Se vuelva frio en mi boca,
Cuando á los varones toca
Hacerle mas lisongero.

MI PASATIEMPO.

DECIMA IV.

Yo me rio de Colasa,
Porque con gran presuncion
Pone toda su atencion
En colocarse una gasa.
Contenta su tiempo pasa
En tan frívolo egercicio;
Y me culpa como un vicio,

El que yo ensucie papel,
Cuando en divertirme en él
Menos tiempo desperdicio.

MI CONFORMIDAD.

OVILLEJOS.

Ocultando mi tormento,
Siento.
Y aunque reposo no hallo,
Callo.
Y al ver que mi gloria es humo,
Me consumo.
Resistir ya no presumo
A dolor tan rigoroso,
Pues siendo mi mal gravoso,
Siento, callo, y me consumo.

Necesito con largueza,
Firmeza.
Y á mi pesar escondido,
Olvido.
Y emplear á todo precio
Desprecio.
En vano espera mi necio
Afan alivio el mal leve,
Pues á emplear no se atreve,
Firmeza, olvido y desprecio.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA.

SEPTIMAS.

¿Quién templa la lira mia?
Maria.
Numen que inflamará
Será,
Aunque tímida se escusa,
Mi musa.
En vano Apolo rehusa
Prestarme á mi ardiente ruego;
Pues si me niega su fuego,
Maria, será, mi musa.

Ella es de la España estrella,
Bella.
Y su pura frente brilla,
Sencilla.
Siendo su sonrisa honesta,
Modesta.
Grata á resonar se presta
Mi lira, pues la provoca
Órden que dicta una boca
Bella, sencilla y modesta.

FIN.